Regreso diario

Toma cada día

serena y soñadora,

su finito horizonte

ora gélido y solitario

ora cálido, húmedo, lluvioso.

Explosión de colores, sonidos, voces

catedral de vida

que explota la rutina.

Bañada de sol

la ahoga el zonda,

corren las cuentas por sus dedos

dibujan afanadas

su horizonte infinito.

Aprendizaje

Parece arrullar una oruga

firme, negra, pesada,

misteriosa, intensa, caprichosa,

permanece indolente, ajena

a cada ataque de los ocho,

a cada incursión de los épicos dátiles.

Sólo los pulgares logran su objetivo

y ocupan posiciones.

Arremeten los ocho

buscando los bemoles,

tampoco a los sostenidos encuentran.

Feroz es la batalla,

sueña arrullar sonoras mariposas

en clave de sol,

mientras, se sueña en clave de fa

en el baqueano regazo de Dino

o tal vez de Astor.

Definiciones

¿Quién eres?

¿Por qué temeraria, absoluta, definitiva,

te ufanas de ello

y sombría mendigas compañía caminando

confundida con mi soleada sombra?

¡Detente! ¡Reconcíliate!

Reniega de atávicos prejuicios,

cálzate el vestido de colibríes

amarillos y tornasolados azules,

baila al compás de lejanos compasillos,

descálzate y siente el fresco de remotos caminos.

Pero, ¿quién eres?

¿Acaso un irse sin atavíos,

tal vez un vivir sin atavíos?

Declaro truco a tu silencio

misteriosa errante,

obstinada polizonte

de la luz y del calor.

Luna

Un domingo de otoño llegaste

cual una pizca de amor con

 gusto a todo.

Tu acotada extensión

infinitamente suave

sostiene en proa una graciosa

esfera rubia plata,

un par de velas flamea

perdida en la lluvia de

dorados rayos.

Ágil cual un junco navegas

cada día brincando de una

travesura a un reclamo

mirándome desde el equilátero

que dibujan tus ojos y el olfato.

Irradia tu mirada el asombro

newtoniano al descubrir la caída

del pecado bíblico.

Cual un haz de luz

iluminas mis jornadas

encendiéndome.

A Sebastiana Vargas

Brotan de sus pequeñas manos

en eterna primavera,

dulces acordes y arpegios

de un cancionero olvidado.

Sus luceros muertos leen

amarillas partituras

que algún duende amanecido

a su cansada memoria arrima

En ocasiones descansan

sus fértiles manos mansas,

echando a volar su voz

vendiendo viejas noticias,

o novenas de largos rezos

en el temprano setiembre

de los esperados milagros.

Vestida de viejos tiempos

descansa el invierno en su pelo

la luna alumbra su esquina

dulce Sebastiana Vargas

y la noche se refugia

en su mirada vacía,

mientras sus manos sueltan

bandadas de mariposas.